32-39 ARACATACA 2201.qxp:CULTURA 2007.qxp 23/5/14 12:33 Página 2

Aracataca vs. Macondo

Viaje al pueblo que no quiso ser Macondo

Por el camino entre Aracataca y Barranquilla, aseguran los viejos, un García Márquez niño vio, en el cartel de una hacienda bananera, ese nombre tan sonoro que él reencontraría en su memoria años más tarde

Vine a Comala porque me dijeron que acá vivió mi padre, un tal Pedro Páramo.
*JUAN RULFO, **Pedro Páramo** (1)*

REPORTAJE GRÁFICO: DAVID MORÁN

DAVID MORÁN

Vine a Aracataca porque me dijeron que allí vivió mi padre literario, un tal García Márquez, hasta la edad de ocho años. Vine desde Cartagena de Indias, a mediados de un mes de octubre, al día siguiente de una dantesca tormenta tropical que había inundado la ciudad entera. Salí del barrio de Getsemaní, donde estuve hospedado durante una semana, por una calle atestada de prostitutas viejas y pellejas, pisando charcos mientras en los puestos freían empanadas y arepas de huevo, otros vendían sandías a tajadas y los vendedores de tinto me perseguían con sus termos de colores como cada día. En la Plaza de la India Catalina tomé una cochambrosa buseta, pero con ella no conseguí llegar al terminal de autobuses de Cartagena (bastante alejado del centro) sino después de descender del vehículo y recorrer los dos últimos kilómetros a pie, pues los vecinos de

32-39 ARACATACA 2201.qxp:CULTURA 2007.qxp 23/5/14 12:33 Página 3

Villa Rosita habían cortado la carretera. Protestaban porque el barrio se había inundado y reclamaban, de esa manera, la presencia de la alcaldesa de Cartagena, hartos de vivir la misma carencia cada vez que llovía con ímpetu. En el terminal conseguí regatear un pasaje "directo" hasta Santa Marta pero, como sospeché, el tal bus no iba directo sino que hacía transbordo en Barranquilla y hube de esperar casi una hora a que se llenara el nuevo transporte. De nada sirvió mi enérgica protesta.

Desde Barranquilla, tras atravesar el puente sobre el río Magdalena, circulamos en paralelo a la costa atravesando un área inundable de humedales y ciénagas habitadas por frondosos mangles, salpicada por los blancos relucientes como trajes de novias de las garzas de patas de alambre, y rematada por numerosos mástiles que no eran sino troncos de árboles que tuvieron vida una vez y la perdieron en pos de la construcción de aquella carretera; ciénagas y humedales todos que culminaban en la Ciénaga Grande, en cuyo meollo ha crecido una población que también se llama Ciénaga y donde descendió el gordito marica que había sido durante una hora y media mi simpático y locuaz compañero de asiento, no sin antes insistir un poco más: "Debería quedarse y visitar el pueblo, hay muchas cosas interesantes que hacer… Además llegará a Aracataca más rápido desde aquí". Así es que descendí del autobús en Ciénaga, pero no para quedarme con el gordito marica sino para, desde ahí, tomar otra buseta que me llevaría, entre plantaciones de bananos, maíz y palmas de aceite hasta las mismas faldas de la Sierra Nevada de Santa Marta, donde se ubica el pueblo que ha preferido conservar como propio el nombre de su río antes que adoptar su nombre literario. Aracataca, el pueblo homónimo del río que desciende helado de las cumbres de la Sierra Nevada de Santa Marta, se seguirá llamando así, toda vez que sus gentes desestimaron en referéndum popular cambiarle el nombre por el de Macondo, nombre literario que García Márquez le otorgó hace medio siglo.

Por el camino entre Aracataca y Barranquilla –aseguran los viejos– un García Márquez niño vio, en el cartel de una hacienda bananera, ese nombre tan sonoro que él reencontraría en su memoria años más tarde y que, a través de su libro más famoso, llevaría hasta todos los rincones del mundo. Por ese mismo camino yo pensaba en que mi artículo versaría sobre descifrar los referentes que alumbraron el realismo mágico, mientras en los carteles leía nombres que parecían extraídos más bien del mundo de la literatura: Iglesia Cristiana Cuadrangular Fuente de Vida, Cafetería Disturbio Verde, Restaurante La Mano de Dios... pero que eran tan reales como que yo estaba en Colombia.

Supe que había llegado a mi destino cuando vi a una mujer de rodillas lavando ropa en una acequia, cuando vi un hospital con el nombre de Luisa Santiaga Márquez Iguarán (madre de García Márquez, en adelante, Gabo), cuando atravesé caminando la línea del tren rodeado por las mariposas amarillas de la tarde, cuando el loco del pueblo me soltó: "¿Y tú qué has venido a hacer aquí, aprendiz de escritor?"

Aracataca significa Río de Piedras en lengua indígena, aunque a su paso por el pueblo, el río, no trae apenas cantos rodados, sino que tiene un cauce arenoso de poca profundidad, rodeado por una vegetación exube-

Descendí del autobús en Ciénaga, pero no para quedarme con el gordito marica sino para, desde ahí, tomar otra buseta que me llevaría hasta las faldas de la Sierra Nevada

32-39 ARACATACA 2201.qxp:CULTURA 2007.qxp 23/5/14 12:33 Página 4

rante que se derrama hasta tocar el agua con polimórficas lenguas verdes y a cuyas playas los lugareños acuden a refrescarse cuando el calor del trópico aprieta, que aquí es casi siempre. Es un pueblo de casas bajas de vivos colores donde la vida se hace en la calle y donde, desde los bares, la música inunda las calles con corridos de Vicente Fernández o con vallenatos interminables; un pueblo con numerosas salas de billar, puestecillos de arepas, tenderetes de casquerías asadas, carritos ostrerías, mesitas con celulares para uso público, asaderos portátiles de pollo, una ruleta de casino callejera y perros canijos que se desviven por los restos escasos que caen al suelo… Justo esa clase de pueblo.

Por sus desgastadas calles arrastré mis botas cansadas y mi ligera mochila hasta el Hostal el Porvenir, muy cerca de la humilde Casa de la Cultura que recibe el nombre de Remedios La Bella, por ese pueblo donde los taxis son triciclos de colores, donde por la vía sólo pasan trenes con carbón que vienen y van, donde la iglesia de la plaza central parece construida de merengue y donde las mujeres son tan guapas que parecen todas ellas descendientes de la propia Remedios La Bella imaginaria.

"García Márquez no ha hecho nada por Aracataca. La última vez que vino le fletaron un Tren Amarillo desde Fundación, pero sólo se quedó media hora. Eso sí, las mariposas amarillas que tanto le gustaban las pintaron en el apeadero, la casa de sus abuelos la restauraron, hay un instituto con su nombre, un hospital con el nombre de su señora madre y una estatua de Remedios la Bella cerca de la estación. Yo ni siquiera he leído sus libros, todo lo que cuenta no son más que una sarta de mentiras. Puros disparates. Nada de lo que cuenta pasó en realidad, eso lo sé yo y lo sabemos todos", asegura Marlenes, la señora que regenta el Hostal El Porvenir, mientras me da las llaves de la habitación número trece, junto a un rollo de papel higiénico y una toalla. Yo la miro desconcertado y le digo que si no ha pensado que su familia y ella viven de las personas que vienen a visitar el pueblo natal del Nobel y se alojan en su hotel. Ella me mira de arriba abajo con cierto desdén y me dice: "Son quince pesos".

Desde el balcón del hostal observo cómo la tarde cae súbitamente, cómo quema las copas de los árboles y enciende la arena de las calles, desvelando por unos segundos los colores vivos de las casas y el bello misterio del ocaso. También cómo esas calles se van llenando de paseantes, y yo me convierto sin demora en uno más de ellos y camino hasta la plaza grande y me siento junto a la ruleta casino que hoy no tiene jugadores y me como un cuarto de pollo asado con patatas y ají, cuyos huesos van a parar a la boca de famélicos perros sin dueño y sin nombre, perros que apenas tienen voz para ladrar pero que, de seguro, si supieran hablar contarían historias extraordinarias. Antes de regresar a descansar aún me da tiempo para jugar a la ruleta y perder siete pesos, comerme un helado de torombolo en la heladería ambulante, conocer al peluquero mariquita de la Peluquería Thomas y conversar con toda su cohorte de amigos, casi todos mariquitas, maricas, maricos y lesbianas. Sí, todo eso ocurre de verdad en el pueblecito de García Márquez, en Aracataca, en la Colombia profunda. Y luego, regreso a descansar a la habitación número 13 del Hostal El Porvenir, antes Hostal Macondo.

Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo.
GARCÍA MÁRQUEZ, Cien años de soledad (2)

32-39 ARACATACA 2201.qxp:CULTURA 2007.qxp 23/5/14 12:34 Pagina 5

Aquella noche brillaron sobre el Macondo de verdad innumerables estrellas. Y en la habitación número 13 del Hostal El Porvenir, un periodista que ha ido hasta allá para realizar un reportaje sobre un mito literario como García Márquez y sus referentes para parir el realismo mágico, podría haber soñado con cualquier cosa por irreal que pareciera fuera de los sueños. Por ejemplo, se me ocurre ahora, podría haber soñado con un perro dálmata mirándome fijamente, con fiereza, a punto de ladrar, o peor aún, de saltar sobre mí, desde una bobina de hilo telefónico, envuelto en una luz irreal, como si hubiera salido de un sueño, en una casa cercana al cementerio; con un carro de madera pintado de azul vibrante y amarillo, tirado por una mula terca, conducido por un viejo más viejo que Matusalén, tocado con sombrero de paja, un carro llamado "Ferrarepuestos y pinturas Macondo"; con un puente de metal amarillo tejido como una tela de araña sobre un río de piedras primitivas y frías aguas traídas de la Sierra Nevada de Santa Marta; podría haber soñado con un tenderete callejero de apuestas (Aposmar, "su chance por computador", SELLE y GANE); con un almacén de variedades pintado de vivo naranja, de nombre Jhuilí, donde realizaban el famoso PLAN SEPARE, que nunca supe bien bien de qué se trataba; o podría haber soñado con una casa de dominó casi vacía, de color verde desgastado en las paredes, llamada Patio Internacional, donde jugaban un tipo que se parecía a García Márquez y otro que se parecía a Juan Rulfo. Y, es más, podría haber soñado con un mundo entretejido entre el Comala del *Pedro Páramo* del uno y el Macondo del *Cien años de soledad* del otro; podría haber soñado con todo eso y con nada de eso soñé. Soñé, en cambio, que alguien soñaba que la vaquita de la mantequilla Primor pastaba, felizmente, de los campos de Macondo. Era roja y azul y ese alguien soñaba que yo era el vaquero, pero como los del oeste y, a diferencia de Macondo, todo era de color. Había muchas flores y árboles, los animales cantaban y yo hablaba con ellos. Y mientras esto soñaba todo era normal mas, cuando desperté, las preguntas aún seguían allí. En realidad, había soñado con una vieja amiga de Cartaya que fue quien, sorprendida de que hubiera leído hartos libros de García Márquez pero no *Cien años de soledad*, me lo regaló con una dedicatoria en la que explicaba un sueño donde aparecía tal vaquita y lo de que yo era el vaquero. Y entonces volvió a mí un recuerdo encerrado en el olvido de un cajón de la memoria.

Desperté cuando los gallos consideraron que había llegado el alba y, cuando salí a la calle, el sol radiante me recordó que me encontraba en el trópico, además de algo febril, pues tal fulgor me molestaba sobre los párpados, señal inequívoca de la fiebre. Desayuné jugo de zapote y un par de arepas asadas en sendos puestos callejeros de la calle principal para ver si se me quitaba la cosa y, sin más demora, me dirigí a la casa donde nació y vivió Gabo. El guarda me dejó pa-

32-39 ARACATACA 2201.qxp:CULTURA 2007.qxp 23/5/14 12:34 Pagina 6

sar al corredor de las begoñas pero me advirtió que las estancias estaban vacías y, en un alarde de sinceridad, que dentro no había nada que ver. "Aquí no hay nada", repetía, "así es que tome unas fotografías y márchese". Lo más curioso de todo es que Eliécer, que así se llamaba, nunca había leído nada de su compatriota, aunque cuidaba su casa con esmero y lo que resultaba mejor aún: que se parecía muchísimo a García Márquez de joven, tanto que, por un momento, estaba convencido de que era su sobrino o algo así. A la entrada, a la derecha, estaba la oficina del abuelo (del abuelo del escritor, no del guarda), recaudador de impuestos. En una estancia vacía como el alma de un abandonado me aseguró Eliécer que vio la luz Gabito. Al final del corredor de las begoñas se hallaba la cocina, sobre cuyo antiguo fogón parecían aún cocerse las palabras de su novela más famosa, porque sobre ella reposaba un cartel, abandonado allí hasta mejor ubicación, con el comienzo de *Cien años de soledad*. Más allá llegué a un jardincito donde se erguía un esbelto depósito de agua que coronaba una estructura de madera como las del oeste, un inmenso árbol Pibijai cuyas barbas ancianas colgaban de sus ramas y un galpón al fondo del jardín, este sí original y no reconstruido como el resto de la casa, donde se alojaban los indios que componían el servicio doméstico y que le contaron tantas historias al futuro Nobel y que, a mí, no me podían contar nada porque hacía tiempo que habían marchado.

Cuando acabé de pasear por la casa pregunté a Eliécer varias cuestiones más, pero él no supo o no quiso responder, no obstante aseguró que todas mis dudas las podría solventar Rubiela, una

señora que era como la guardiana de la memoria y los objetos que, de García Márquez, se encontraban en el pueblo. Me aseguró que podría encontrarla en la Casa del Telegrafista, detrás de la Iglesia, y que allí es donde yo podía encontrar los objetos dignos de museo. Así descrito yo había pensado en una señora casi sin dientes y más anciana que el Pibijai que había visto en el jardín. En cuanto a la tal casa, donde trabajó de telegrafista el padre de Gabo, estaba cerrada a cal y canto, aunque en realidad parecía poder abrirse de una floja patada. Ni rastro de Rubiela. Caminé un poco por los márgenes, márgenes que, de pequeño el pueblo, encontré pronto. No eran más de las ocho de la mañana y ya hacía un calor de justicia. Un perro dálmata, sobre una bobina de hilo telefónico, iluminado con la luz irreal de los sueños, luz que se filtraba entre las hojas de un mango que se desplegaba en el jardín, me miraba fiero, amenazante desde el co-

rral de una casa cercana al cementerio. Las tumbas encaladas iluminaban todo el camposanto con una luz pura, extraña, una luz mágica y real al mismo tiempo. Regresé en busca de Rubiela, que seguía sin aparecer. Crucé de nuevo por la iglesia, por la plaza del pueblo, saludé al mismo anciano que escuchaba la radio en un banco y, de nuevo, llegué hasta la casa natal. Ahora el guarda barría con esmero y una mujer de pantalones tejanos ajustados, grandes pechos encorsetados en una camisa blanca, largas uñas, pelos alisados con plancha eléctrica, envuelta en un embriagador olor a coco conversaba con él. "Ella es Rubiela", aseguró escueto Eliécer, ante mi asombro.

Rubiela me acompañó de nuevo a la Casa del Telegrafista y, mientras me contaba cosas de los García Márquez, los aldeanos la saludaban, le halagaban lo bien que olía y se giraban para mirarle el trasero prietamente embutido en los tejanos. Ella misma me explicó que Cataca era el nombre de un cacique Chimila, que Ara significaba Río Claro, o Río de Aguas Claras, y que Macondo era el nombre de una hacienda bananera por la que se pasaba en el tren que iba hasta Santa Marta. Otros lugare-

32-39 ARACATACA 2201.qxp:CULTURA 2007.qxp 23/5/14 12:34 Página 8

ños a los que pregunté discrepaban y decían que Aracataca era Río de Piedras, y que Macondo era el nombre de un árbol. Rubiela también me enseñó la fotocopia de un mapa de Zaire donde aparecía una aldea de nombre Macondo. Y Otilio, el dueño del casino y ruleta ambulante me aseguraba que Macondo era un río del cercano Parque Tairona, donde vivían los koggis y arawacos. ¿Cómo iba a escribir yo algo con tanta discordancia de afirmaciones? Pero, ¿qué más daba? ¿Qué era lo más importante?

Dejé a Rubiela, que tenía prisa por cerrar la casa y dirigirse a realizar otros menesteres, y me fui a comer a una casa particular a la que me llevó Nancy, una amiga lesbiana de Thomas que, después de tener tres hijos, descubrió su auténtica tendencia sexual, y allí almorcé con una madre de 17 años y una prostituta de 21 que había huido de un mal de ojo que le había echado la familia de su exnovio, allá en el Valle del Cauca y había venido a Aracataca para someterse a las sesiones de un chamán muy afamado en todo el país, de cuyo nombre prefiero no dar detalle porque a mí me auguró un extraño futuro que vino a cumplirse. Después de almorzar paseé por las calles heridas de sol del mediodía, y Gabriel, un viejo más viejo que Matusalén, me llevó, por el puro placer de conversar con el forastero, en su carro tirado por una terca mula, en su carro de "Ferra repuestos y pinturas Macondo", hasta el mismo río Aracataca. Bañé mi fiebre y apagué el calor sofocante en las frías aguas de corrientes invisibles y, luego, me desmayé cuando regresaba, y el viejo Gabriel me recogió de nuevo y me llevó al Hospital Luisa Santiaga Márquez Iguarán, donde me dieron un jugo de borojó que mejoró mucho mi ánimo, y me dejaron dormir la siesta en un chinchorro del patio, mientras escuchaba las aguas del cercano río.

Por la tarde compré unas alpargatas muy baratas en Almacenes Jhuilí, donde disfruté del famoso PLAN SEPARE. Esa noche volví a comer pollo asado con patatas y ají en el restaurante de la plaza del pueblo, bebí cerveza Águila invitado por un recién separado que ahora vivía en casa de su madre y que tenía hartas ganas de conversar para matar su aburrimiento vital, y después, Fernando, que así se llamaba el cataquero separado, de oficio transportista, me invitó al tenderete de apuestas Aposmar, donde sellaban unos boletos que se jugaban por computadora, y luego, a echar una partida de dominó al Patio Internacional, entre desgastadas paredes verdes, con dos tipos que se parecían a Juan Rulfo y García Márquez. Yo nunca había vuelto a jugar al dominó, desde aquella tarde remota en que mi padre me llevó a una casa de dominó. Y así, homenajeé a mi padre verdadero en el lugar en que nació mi padre literario.

32-39 ARACATACA 2201.qxp:CULTURA 2007.qxp 23/5/14 12:34 Página 9

Muchos años después, con los ojos cerrados ante el caserón a punto de aplastarle con su sombra, el viajero recuerda el momento en que el abuelo de García Márquez llevó a su nieto a conocer la fábrica de hielo.
EUGENIA RICO,
Macondo, o el vallenato más largo del mundo
(3)

Todo era bien extraño. Siempre tenía fiebre y me sentía un poco débil. Había ratos en que no sabía si soñaba o si lo que vivía era cierto. Así es que, a partir de un momento, no recuerdo qué ocurrió en realidad y qué no de mi visita a Macondo. Pero lo que sí recuerdo es que, a pesar de los contratiempos –las recurrentes fiebres–, las circunstancias extrañas –sueños que luego eran reales, personajes de literatura que no leen literatura– y los imprevistos –no encontraba a nadie que hubiera leído a García Márquez–, me sentía feliz en aquel pueblo, donde los gallos también cantaban para despertarte de la siesta. ¿Habría enfermado yo, como aquel personaje, de literatura? ¿Se podía enfermar de realismo mágico?

Creo que no. Pero, cada día de mi estancia, busqué indios que me contaran las historias que sus antepasados contaron al Nobel; desayuné tinto y comenté con los lugareños las noticias de la prensa al alba en la plaza central; busqué el río para bañar mis calores en sus aguas; acudí a las juguerías, a las areperías, a los puestos de casquerías asadas, a la ostrería, a la ruleta callejera, al tenderete de apuestas, al Patio Internacional a jugar dominó, comí pollo asado con patatas y ají; busqué a Thomas el peluquero y atendí sus extravagantes historias, busqué perros con los que hablar, ancianos a los que escuchar y bellas jóvenes a las que mirar.

Quedé atrapado. No se iba la fiebre de mi cuerpo. Mi cuerpo no se iba de Aracataca. Macondo no salía de mi mente de escritor. El río me aliviaba la temperatura y el sofoco con sus aguas frías, recién nacidas de la Sierra Nevada de Santa Marta, cada día. Thomas me cortaba el pelo también cada día, por eso me lo cortaba muy poco, y cada día me contaba algo nuevo. Fernando se convirtió en mi compañero de dominó, yo en su psicólogo, ambos en compañeros de cervezas e incertezas. Rubiela me regaló una vieja máquina de escribir de la Casa del Telegrafista para combatir la fiebre y se autonombró mi ayudante. Homero Rafael, el anciano de la plaza, se hizo mi relator de la actualidad nacional a través de su radio portátil. Otilio, crupier de ruleta, se convirtió en mi confesor. Gabriel, con su carro de "Ferrarepuestos y pinturas Macondo", en mi portador cuando me encontraba débil y febril. Jhuilí fue mi tienda de moda, el Patio Internacional pasó a ser mi segunda casa y el pollo asado con patatas y ají, mi comida favorita. Las descendientes de Remedios la Bella –lesbianas, prostitutas, o madres solteras– se revelaron no sólo como bellas e interesantes mujeres sino también como mis mejores consejeras.

Al tiempo abandoné el artículo sobre el realismo mágico y escribí dos novelas minúsculas. Minúsculas por el formato de las páginas, 1.2 x 1 cms. Novelas porque, en realidad, rescribí más o menos de memoria (de tanto leerlas), con una lupa y una pluma finísima fabricada con la punta de un hilo de cobre, una versión de *Pedro Páramo*, que me ocupó 121 páginas, y otra de *Cien años de soledad*, que me ocupó 457. Dos objetos dignos del carromato de miniaturas del doctor Max, en Mijas. ■

A pesar de los imprevistos –no encontraba a nadie que hubiera leído a Gabo– me sentía feliz en aquel pueblo, donde los gallos también cantaban para despertarte de la siesta

32-39 ARACATACA 2201.qxp:CULTURA 2007.qxp 23/5/14 12:34 Pagina 10